

ECONOMÍA Y TRABAJO



Trabajadores de la empresa Refried Apparel en New Bedford (Massachusetts), el año pasado. / BARRY CHIN (GETTY)

“Hay riesgo de divergencia tras la recuperación”

“Existe”, explica Maurice Obstfeld, ex economista jefe del FMI y asesor de Barack Obama, “un riesgo real de que esta divergencia persista más allá de la recuperación, especialmente si Biden tiene éxito en su plan de infraestructuras”. Un diagnóstico opuesto al que dio el verano pasado, cuando proyectaba un futuro pospandemia más brillante de Europa que en su país. Desde entonces, la llegada de Biden al poder ha dado nuevos bríos a la política fiscal y el “desordenado” despliegue de la vacuna en la UE amenaza con “afectar a la confianza económica”.

La pandemia amplía la brecha económica entre EE UU y Europa

La vacunación y los estímulos explican la diferencia de proyecciones entre 2020 y 2022

IGNACIO FARIZA, Madrid
El océano Atlántico es hoy, más que nunca, una sima económica de grandes proporciones. Como tras la Gran Recesión, Estados Unidos saldrá más rápido y con más vigor que Europa

de esta crisis. Casi desde el mismo inicio de la pandemia, los caminos que tomaron los dos mayores bloques de economías avanzadas fueron divergentes: en 2020, el PIB estadounidense se desplomó solo un 3,5%, gracias a las menores

restricciones, frente al 6,8% de la eurozona. Y este 2021, marcado en rojo como el del rebote, la diferencia va camino de aumentar aún más: el repunte del 3,9% en el bloque del euro palidece frente al 6,5% de EE UU.

La carrera de la recuperación la ganarán los países que menos tarden en vacunar a su población y los que más dinero destinen a ayudar a hogares y empresas a salir del abismo en el que las ha sumido el virus. Y el gigante norteamericano marcha con una cómoda ventaja frente a Europa en ambos frentes.

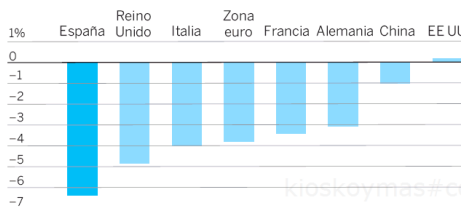
Casi uno de cada tres estadounidenses ya ha recibido al menos una dosis del suero y el 17%, la pauta completa, más del doble y el triple, respectivamente, que en la Unión Europea. Esas cifras se traducen en algo más que un guarismo: solo hay que mirar a Israel —líder mundial, con más de la mitad de su población ya vacunada— para observar cómo la relación entre inmunización y regreso a la vida de las constantes económicas es algo más que directamente proporcional. La semana pasada, el Fondo Monetario Internacional (FMI) volvió a incidir en lo más obvio: que aunque la recuperación tiene raíces algo más vigorosas de lo esperado, el ritmo de vacunación abrirá una veta de desigualdad difícil de gestionar.

Aún más relevante es la asimetría en el cortafuegos fiscal desplegado contra la crisis. Si a finales del año pasado EE UU y la eurozona estaban prácticamente empatadas en lo que a ayudas públicas se refiere, con el cambio de año y la llegada de Joe Biden a la Casa Blanca las tornas han cambiado: tras el visto bueno del Congreso al plan de estímulo del demócrata —1,9 billones de dólares, una vez y media el PIB español—, el gasto comprometido casi duplica al de sus pares europeos.

Recuperación desigual entre EE UU y Europa

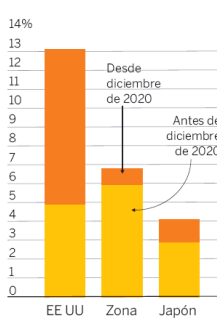
Proyección de PIB a final de 2021

% de caída respecto a las previsiones anteriores a la pandemia



Planes de estímulo fiscal

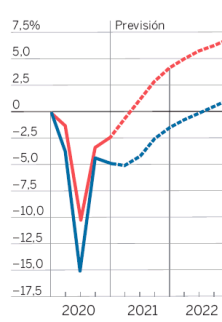
En % del PIB



Fuente: OCDE.

Evolución del PIB

En %



EL PAÍS

“A este último paquete, el de Biden, hay que sumar, además, los dos planes anteriores de Trump”, apunta por teléfono Oscar Jordà, analista de la Fed de San Francisco. “Sumando los tres,

la inyección total es de un orden de magnitud mucho mayor que el europeo”. Mientras Washington riega la economía con dinero levantado a coste mínimo en los mercados, en algunas capitales

europas se empieza a mirar cada céntimo gastado con recelo. “No es que Europa no haya hecho nada”, esboza Gian-Maria Milesi Ferretti, de la Brookings Institution, “es que aquí han ido con mucha, mucha, mucha más energía. Y la diferencia se va a notar, sobre todo, en el tramo final de este año y la primera mitad del que viene”.

Al principio, el Viejo Continente dio muestras de haber aprendido la lección de la última crisis. El plan de recuperación de 750.000 millones de euros —hoy paralizado provisionalmente por el Tribunal Constitucional alemán—, era el mecanismo más potente de integración en años. En paralelo, las políticas de sostenimiento de rentas de los trabajadores se erigieron desde el minuto uno en la primera red de seguridad para millones de personas.

Pero, frente a la premura estadounidense, que ha optado por ágiles entregas de cheques a sus ciudadanos para reactivar el consumo por la vía rápida, los fondos europeos —enfocados a proyectos de largo aliento— aún no han llegado a las arcas nacionales y, mucho menos, a la economía real. “No solo es que el plan sea mucho mayor en EE UU que en la eurozona: es que se está implementando más rápido y se está dirigiendo a los hogares”, esboza Aida Caldera, jefa de división en el departamento de Economía de la OCDE. “La idea de Europa de invertir en crecimiento a largo plazo es buena: es lo que hay que hacer. El problema es la lentitud en una recuperación tan grande como esta”.

Los datos de empleo, la mejor variable para comprobar la salud

real de una economía, son claros: mientras varios países de Europa aún necesitan de los ERTE (y sus equivalentes en cada geografía) para contener la sangría, el mercado laboral estadounidense empieza a arrojar señales de optimismo. Aunque aún hay 8,4 millones de puestos de trabajo menos que antes de la pandemia, marzo se saldó con la creación de casi un millón de empleos.

El virus ha empeorado las cosas, pero la doble velocidad a ambas orillas del Atlántico viene de atrás. EE UU creció más que la eurozona 7 de los últimos 10 ejercicios, y esa brecha se ha trasladado a la renta per cápita, la mejor medida de prosperidad económica. Entre 2009 —el peor año de la Gran Recesión— y 2019, el ingreso por habitante pasó de 47.000 dólares anuales a más de 65.000, un aumento del 38%. En la eurozona, ese crecimiento se quedó en el 25%: de 28.000 euros a 34.800, lastrada en buena medida por la crisis de deuda soberana que estuvo a punto de dar al traste con la moneda única.

La brecha atlántica persistirá más allá de este año. En 2022 el plan fiscal de choque de Biden contra la crisis aún sustentará el consumo, de largo el mayor pilar sobre el que se asienta el crecimiento estadounidense. Y el igualmente faraónico programa de inversión en infraestructuras presentado el pasado miércoles —otros dos billones de dólares, el 10% del PIB— promete dar un impulso adicional. Incluso antes de incorporar este último anuncio, la OCDE ya proyectaba un crecimiento dos décimas mayor en la primera potencia mundial que en la eurozona: 4% frente al 3,8% de los países de la moneda única.

“A ciegas, sin saber de qué crisis estamos hablando, te puedo predecir que EE UU va a salir más rápido. Ocurrió después de 2008 y ha vuelto a pasar ahora”, refrenda Enrique Rueda-Sabater, de Esade. “Lo que hay es algo con raíces más profundas: la capacidad de la economía estadounidense de rebotar es mucho mayor que la europea, porque la flexibilidad de su economía también es mucho mayor. Tiene muchos problemas, sí, pero esa es una de las grandes ventajas de su sistema: siempre se recupera más rápido”.